LAS MEMORIAS DE JAIME TORRES BODET

Lo mejor de nuestro destino sera,
siempre, obra de nuestra tenacidad.
Jaime Torres Bodet.

Torres Bodet — cuya obra de escritor cubre más de cincuenta años y a quien México honró en 1966 con el Premio Nacional de Literatura y en 1971 con la medalla «Belisario Domínguez» conferida anualmente por el senado de la República — no es tan sólo uno de los poetas más destacados de su país, sino que se le considera también entre los prosistas más distinguidos de las letras hispanas.

Lo extraordinario de la vida de Torres Bodet es que desde un principio ha tenido dos carreras: la del servicio público y la literaria. En *Tiempo de arena* el escritor mexicano comenta la ventaja de tener dos oficios: «Siempre me he preguntado si es tan perjudicial para el escritor — según muchos lo afirman — el tener que ganarse el pan en menesteres distintos al de las letras. Sinceramente, yo no lo creo... Ofrece, además, el segundo oficio otro género de ventajas. Desde luego, obliga al autor a salir de sus abstracciones, a no ser autor incesantemente y a convivir con los demás hombres, en su cotidiano empeño de empleados públicos, médicos, operarios, comerciantes o agricultores... hace aceptar al hombre una serie de obligaciones prácticas que le incitan a no sentirse un especialista exclusivo de la cultura [1].»

Torres Bodet ha cultivado el ensayo desde el principio de su carrera literaria y si se coleccionaran todos sus artículos dispersos en revistas y periódicos, ocuparían varios tomos. Los ensayos tratan preferentemente temas literarios o se orientan hacia temas filosóficos o artísticos. Ultimamente se ha dedicado a escribir sus *Memorias* o sea el ensayo cronológico.

Fue en 1955 cuando Torres Bodet publicó la primera parte de sus memorias: *Tiempo de arena*. En ese libro que consagró a sus

1. Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 217, 218-219.

aprendizajes de niñez y de juventud relata en forma cándida los primeros veintiocho años de su vida. Torres Bodet nació en la ciudad de México el 17 de abril de 1902. Su padre era empresario y hombre de negocios y de él recibió «una inmensa inconformidad». Su madre Emilia Bodet, era de ascendencia francesa. Hijo único el poeta alentaba una gran devoción por su madre de quien recibió el gusto literario. Cuenta el autor mexicano que emprendió su educación secundaria en la Escuela Nacional Preparatoria durante uno de los períodos más agitados de la historia de México. Precisamente por esos días fue asesinado el Presidente Madero durante los disturbios de la «Decena trágica», del 9 al 18 de febrero de 1913, y Victoriano Huerta ejerció el poder en el país durante diecisiete meses en forma que recordaba a Porfirio Díaz.

Años después, recordando esta época de su vida comentó que el frecuente cambio de profesores le obligó a asumir cada vez mayor responsabilidad en su decisiones y le inició desde muy temprano en las dificultades prácticas de la vida. De todos los cursos que tomó, el de literatura española que explicaba Enrique Fernández Granados determinó su vocación. Le atormentaba entonces la pregunta: ¿De qué modo se hace un poema? Pero su profesor de español no le había revelado cómo se mide un alejandrino, ni de cuántos renglones consta un soneto y semejante ignorancia dificultaba sus ensayos. «Sin embargo, tanto me interesaba versificar, que dí término a una curiosa rapsodia en cuyas estrofas intenté describir — dentro de formas aparentemente ortodoxas — un «estado de alma» decadentista [2].»

En la Escuela Nacional Preparatoria el poeta encontró entre sus compañeros muchos de sus amigos de toda la vida, que más tarde colaboraron en la revista *Contemporáneos*. Cuenta Torres Bodet que cuando se graduó de la Escuela Nacional Preparatoria en 1917, ya había publicado algunas poesías y había escrito otras que estimaba dignas de ser editadas en forma de libro. Pero sentía que su volumen sería mejor recibido en los círculos literarios de la capital si un poeta de renombre escribiera el prefacio. Decidió solicitárselo a Enrique González Martínez, y apenas unos días después recibió el prólogo escrito por el gran poeta. «Ningún augurio hubiera podido exaltarme tanto como esa dádiva de esperanza [3].» La publicación de *Fervor* le permitió al joven poeta ingresar en el círculo literario que se reunía en casa de González Martínez. Allí conoció Torres Bodet a Genaro Estrada, Esteban Flores y a dos escritores colombianos, Leopoldo de la Rosa y Ricardo Arenales, mejor conocido con el nombre de Porfirio Barba Jacob.

2. *Ibid.*, p. 61.
3. *Ibid.*, p. 99.

Como muchos jóvenes hispanoamericanos Torres Bodet tenía la intención de estudiar en París, cuando le ofrecieron la Secretaría de la Escuela Nacional Preparatoria. Rehusó al sueño de estudiar en la Sorbona y aceptó el nombramiento. En 1921, según cuenta el autor, fue nombrado secretario particular de José Vasconcelos, entonces rector de la Universidad Nacional. Este puesto marca el principio de la larga carrera del poeta al servicio ininterrumpido como educador y como diplomático. Un año más tarde se creó la Secretaría de Educación Pública como parte del programa educativo del gobierno de Obregón. Vasconcelos fue nombrado ministro de Educación y Tores Bodet pasó a ocupar el cargo de Director del Departamento de Bibliotecas, que conservó durante dos años.

Según cuenta en *Tiempo de arena,* fundó y dirigió la revista *El libro y el pueblo,* órgano del Departamento. Lanzó un programa para la traducción de las obras clásicas de la literatura universal, organizó bibliotecas ambulantes, instaló centros de lectura en las regiones rurales y distribuyó millones de libros a las bibliotecas del país.

Al terminar la administración del presidente Obregón en 1924, Torres Bodet relata que aceptó un puesto como catedrático de literatura francesa en la Escuela de Altos Estudios (hoy la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional) en la que enseñó durante los cuatro años siguientes. También colaboró en el Departamento de Salubridad Pública. Los años entre 1922 y 1928 vieron la publicación de siete libros de versos y una antología. Además escribió su primera novela *Margarita de Niebla,* un volumen de ensayos literarios intitulado *Contemporáneos. Notas de crítica* y en colaboración con Bernardo Ortiz de Montellano dirigió *La Falange.* Sus varias funciones no detenían sus trabajos como escritor porque «de noche, de las 9 a las 12, en el silencio de la pequeña biblioteca que mi madre me había ayudado a instalar en nuestra casa... vivía mi propia vida; lejos de todo cuanto me enajenaba de ella durante el día burocrático y escolar[4]».

Aunque había hecho un rápido viaje por los Estados Unidos y el Canadá en 1926, aceptó gustosamente en 1928 la invitación de la Academia Norteamericana de Artes y Letras para ir a Nueva York. Cuenta cómo en ese viaje concibió la idea de lanzar una nueva revista literaria que procurase establecer un contacto entre las realizaciones europeas y las promesas americanas. Sus amigos de colegio Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano y Bernardo J. Gastélum sirvieron de editores. «El nombre que elegimos — *Contemporáneos* — no tenía nada de doctrinario. En efecto... obe-

4. *Ibid.,* p. 217.

decía... a una simple coincidencia en el tiempo: a eso que algunos llaman la complicidad de una generación... Nos sabíamos diferentes; nos sentíamos desiguales... Eramos, como Villaurrutia lo declaró, un grupo sin grupo. O, según dije... un grupo de soledades[5].» La revista se publicó de junio de 1928 a diciembre de 1931. Desde lo días del «Ateneo de la Juventud» no hubo grupo literario que tanto influyera en la formación de los preceptos estéticos de una generación.

Cuando Emilio Portes Gil tomó posesión de la presidencia, Torres Bodet renunció su cargo en el Departamento de Salubridad Pública. En 1929 ingresó al servicio diplomático y fue adscrito como tercer secretario de la Legación de México en Madrid. Así empezó una carrera distinguida en el servicio diplomático, que con el tiempo iba a llevarle a La Haya, Buenos Aires, Bruselas y finalmente a París como embajador. A su paso por París visitó a escritores cuya obra se había comentado en la revista *Contemporáneos*. Vio a Valéry Larbaud y Jules Supervielle, más tarde conoció a Paul Valéry y a Romain Rolland. En Madrid entró en la vida de las tertulias literarias y especialmente en la que presidía Ramón del Valle-Inclán. Allí vio a Juan de la Encina, Manuel Azaña y Enrique Diez-Canedo. Más tarde conoció a los escritores de la llamada «Generación del «36», Pedro Salinas, Benjamín Jarnés, Federico García Lorca y Rafael Albertí. «Me agradaba sentirme entre aquellos jóvenes españoles. Todos — y cada cual a su modo — estaban edificando una patria nueva. Nada, entonces, hacía prever el desastre que acabaría por dispersarlos en la angustia, en la noche y en el destierro[6].»

Fue en Madrid donde Torres Bodet escribió los poemas contenidos en *Destierro* y las novelas *La educación sentimental* y *Proserpina rescatada*. Pero pronto iba a terminar su estadía en España: «Una mano, leve y enjuta, dobló el pliego de un capítulo de mi vida. ¿Qué iba a ser de mí en los próximos episodios[7]?»

Tras una ausencia de más de seis años Torres Bodet volvió a México y se le designó jefe del departamento diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. En 1937 fue nombrado encargado de negocios en Bruselas, y en 1940 el Presidente Avila Camacho le ofreció el puesto de Subsecretario de Relaciones Exteriores.

No fue hasta 1969 cuando Torres Bodet reanudó el relato de su vida y dió principio a una serie, de cuatro volúmenes, en cuyas páginas dejó constancia de los veintiún años más laboriosos de su existencia: los que mediaron entre el mes de diciembre de 1943 y

5. *Ibid.*, p. 253-254.
6. *Ibid.*, p. 333.
7. *Ibid.*, p. 345.

el de noviembre de 1964. En *Años contra el tiempo*, el escritor mexicano evoca la época cuando desempeñaba el cargo de Secretario de Educación en el gobierno del presidente Avila Camacho. El presidente pidió a Torres Bodet que encontrara una solución al más grave problema de la nación: el analfabetismo. Para Torres Bodet el problema de la educación, ya fuera en México o en otras partes del mundo, no consistía tan sólo en enseñar al pueblo a leer y a escribir. Era parte de la batalla mundial por la paz, la democracia y la justicia. Torres Bodet vio que los problemas más apremiantes que debía afrontar eran «instaurar una campaña nacional de alfabetización, establecer un programa efectivo de construcción de escuelas, y organizar la capacitación de los profesores no titulados[8]». Este programa suponía una premisa: la completa reorganización de los planes educativos vigentes. Torres Bodet se dio cuenta de que en México, como en otros países de Latinoamérica una de las razones principales por el gran número de analfabetos era la escasez de maestros titulados. Por lo tanto, inauguró en marzo de 1945 el primer Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, que tuvo por fin el de mejorar la preparación de los profesores primarios no titulados. «Han transcurrido casi veinticinco años desde la fecha en que fui informado de la aprobación de la iniciativa», dice Torres Bodet, y «una de mis mayores alegrías de funcionario — y de hombre — sigue siendo la de haber podido contribuir a elevar un poco, no sólo el nivel docente, sino el decoro profesional de tantos millares de instructores como han sido graduados por lo que alguien llamó, alguna vez, la más grande Escuela Normal de todo el Continente[9]». *Años contra el tiempo* luego describe cómo siendo ministro lanzó la Campaña Nacional contra el Analfabetismo, la cual recibió un ímpetu formal cuando se aprobó la ley, ahora famosa, del 21 de agosto de 1944. Torres Bodet menciona como ésta se convirtió en cruzada nacional e impuso a «todo mexicano — mayor de dieciocho y menor de sesenta años — residente en territorio nacional, que supiera leer y escribir el español... la obligación de enseñar a leer y a escribir cuando menos a otro habitante de la República, analfabeto, mayor de seis y menor de cuarenta años, que no estuviera incapacitado o inscrito en alguna escuela[10]». Cuando fueron tabulados los resultados de la campaña dos años después, se reveló que casi un millón y medio de mexicanos habían aprendido a leer y a escribir.

En *Años contra el tiempo* describe Torres Bodet el papel que desempeñó cuando encabezó la delegación mexicana a la Comisión

8. Jaime Torres Bodet, *Años contra el tiempo*, México, Editorial Porrúa, 1969, p. 51.
9. *Ibid.*, p. 214-215.
10. *Ibid.*, p. 162.

Preparatoria que se reunió en Londres a fin de redactar una constitución para la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, después conocida como la Unesco. De la reunión de Londres, Torres Bodet salió firmemente resuelto a consagrar en adelante todos sus esfuerzos «a la causa más noble y urgente del género humano; afirmar la paz en la verdad, sobre la verdad, y por la verdad [11]». *Años contra el tiempo* reitera la idea ya expresada en *Tiempo de arena* que como ciudadano el escritor debe participar plenamente en la vida de su país: «Sí, estoy convencido de ello: la acción y el pensamiento se complementan. Una y otro ayudan y alientan al escritor [12].»

En 1970, Torres Bodet dio a conocer *La victoria sin alas* que trata del período comprendido entre 1946 y 1948 cuando era Secretario de Relaciones Exteriores en el gabinete del Presidente Miguel Alemán y concluye con su elección como Director General de la Unesco en 1948. Durante veinticuatro meses Torres Bodet trató de organizar «una acción orientada principalmente a propiciar el desarrollo de la nación dentro de la dramática tregua armada que las potencias mayores aprovecharon para dominar a su modo la paz del mundo — sin darla a nadie, justa y cabal [13]». Describe cómo en su calidad de Secretario de Relaciones Exteriores representó a México en tres importantes reuniones internacionales. En 1947 encabezó la delegación mexicana en la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente que se reunió en Rio de Janeiro y que formuló el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Torres Bodet vió en ese tratado una verdadera promesa para «repudiar la guerra como medio de solución de cualquier conflicto y [para] organizar en común, ante cualquier agresión, la defensa de nuestra América [14]».

Ese mismo año asistió en Nueva York a la Asamblea General de la ONU y en su discurso Torres Bodet se refirió también a los resultados de la Conferencia de Rio de Janeiro en donde «el más hondo anhelo de los Estados americanos fue, en todo instante, el de robustecer la estructura de las Naciones Unidas, coordinando las cláusulas del tratado que suscribieron en el Brasil con las obligaciones asumidas en San Francisco [15]».

En marzo de 1948 Torres Bodet salió rumbo a Bogotá para representar a México en la Novena Conferencia Internacional de los Estados Americanos que redactó y aprobó la Carta de la Organiza-

11. Jaime Torres Bodet, «La obra en marcha de la Unesco». *Letras del Ecuador*, 4, XXXIX-XL (1948), 8.
12. Jaime Torres Bodet, *Años contra el tiempo. Op. cit.*, p. 273.
13. Jaime Torres Bodet, *La victoria sin alas.*, México, Editorial Porrúa, 1970, p. 9.
14. Jaime Torres Bodet, *Discursos (1941-1964)*, México, Editorial Porrúa, 1965, p. 100.
15. *Ibid.*, p. 105.

ción de los Estados Americanos. No hay nadie más íntimamente relacionado con la creación de dicha organización en su forma actual que el autor de estas memorias. En su discurso declaró que «México es un partidario ferviente y leal del orden interamericano. Pero lo que mi patria anhela es un panamericanismo viviente, eficaz, orgánico. Un panamericanismo que no se olvide de América en el descanso de las victorias y no improvise sus cauces bajo la sombra de las batallas. Para ser más exacto, un panamericanismo integral; es decir: un sistema que, respetando la personalidad de cada país, su cultura, sus leyes y sus costumbres, finque la solidaridad política en una estructura jurídica bien trazada y levante la solidaridad económica sobre el deseo de que cada comunidad se realice y progrese rápidamente [16].» Torres Bodet estaba convencido de que, en Colombia, América dio «un paso decisivo en el camino de la convivencia internacional. La Asamblea de Bogotá marca una nueva etapa del Panamericanismo [17]».

En noviembre de 1948, en la Tercera Conferencia General de la Unesco, Torres Bodet fue elegido como Director General y sucedió en ese cargo a Julian Huxley. Sintió en ese momento que «se había cerrado un capítulo de mi vida. Y ese capítulo que me pareció tan monótono a veces, resultaba de pronto el resumen de una época incomparable, que no podría nunca vivir de nuevo — y que había yo clausurado súbitamente, por esa avidez de ser otro que lleva el hombre dentro de sí [18]».

Los años de 1948 a 1952 que el ilustre mexicano pasó en París como Director General de la Unesco los describe en *El desierto internacional.* En el prefacio Torres Bodet caracteriza estos años como «amargos» y un período de «trágica soledad» porque durante «las horas decisivas, tuve la impresión de encontrarme en un desierto. Los poderosos continuaban desarrollando su política de dominio, y los débiles dejaban que sus representantes hablasen de paz, sin asociarse valientemente a fin de luchar para mantenerla [19]». El Director General influyó en el programa de la Unesco en múltiples formas. Para él el problema de la educación, tanto en México como en el resto del mundo, era parte de la batalla mundial por la paz. Fue Torres Bodet quien concibió la grandiosa idea de establecer una red mundial de centros de educación fundamental durante un período de doce años a un costo de veinte millones de dólares. En esencia, el proyecto tenía como finalidad una campaña de alcance mundial contra el analfabetismo, pues las estadísticas

16. Jaime Torres Bodet, *La victoria sin alas, op. cit.*, p. 270.
17. Jaime Torres Bodet, *Discursos (1941-1964), op. cit.*, p. 914, Apéndice II.
18. Jaime Torres Bodet, *La victoria sin alas, op. cit.*, p. 337.
19. Jaime Torres Bodet, *El desierto internacional,* México, Editorial Porrúa, 1971, p. 10.

indicaban que 1.200 millones de hombres y mujeres — más de la mitad de la población del mundo — no sabían leer ni escribir. Torres Bodet creía con firmeza que, mientras permitiéramos la existencia de semejante desigualdad, la seguridad del mundo sería una ilusión. El primer Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina (CREFAL) se estableció en Pátzcuaro (México) en 1951. «Por grande que fuera mi júbilo ante la creación del CREFAL, comprendí cuán pequeño resultaría ese humilde esfuerzo frente a las gigantescas necesidades de las masa ígnaras del Nuevo Mundo [20].» Su distinguida y dinámica carrera como Director General de la Unesco estaba predestinada, no obstante, a un final repentino. El 22 de noviembre de 1952 renunció a su cargo como protesta por una reducción presupuestaria importante acordada por la Conferencia General de la Unesco, convencido de que el programa de la Organización no podría llevarse a cabo con buen éxito bajo condiciones financieras tan estrictas. Dijo Torres Bodet que se «alejaría de la Organización — con tristeza, pero sin amargura [21]».

El quinto tomo de las *Memorias: La tierra prometida* abarca un lapso de doce años (de 1952 a 1964), que Torres Bodet dedicó al salir del «desierto internacional» a servir a México como escritor y funcionario. Regresó a México en 1953 y por primera vez en muchos años pudo dedicarse exclusivamente a su «segundo oficio», o sea, el de las letras. Muy pronto empezó a colaborar en *Novedades* y en la revista *Mañana.* Cada ocho días envió a *Novedades* un artículo y a *Mañana* un fragmento de *Tiempo de arena,* libro que había principiado a redactar. El 8 de octubre de 1953 fue recibido como miembro de El Colegio Nacional, parecido en sus funciones al Collège de France en París, y anunció que su primer curso en el Colegio estaría dedicado a examinar la obra de tres grandes novelistas: Stendhal, Dostoyevski y Pérez Galdós. En 1954 dio las conferencias anunciadas y también publicó *Fronteras,* su primer libro de versos en cinco años. El mismo año fue nombrado embajador de México en Francia por el Presidente Ruiz Cortines. Como embajador dió nuevo impulso a las relaciones culturales entre Francia y México y con ese fin fundó en 1955 la revista *Nouvelles du Mexique.* El 10 de octubre de 1956 le recibió a Torres Bodet el Instituto de Francia, en calidad de miembro asociado de la Academia de Bellas Artes siendo así el cuarto mexicano que, a partir del siglo XVII, ha formado parte del Instituto [22].

20. *Ibid.*, p. 200.
21. *Ibid.*, p. 383.
22. Los otros tres fueron Antonio Alzate, Andrés del Río y José Y. Limantour. Véase Emmanuel Carballo, *Jaime Torres Bodet,* México, Empresas Editoriales, 1968, p. 148.

A pesar de tantos informes, exposiciones, discursos, viajes y conferencias que tuvo que hacer — o que organizar — escribió Torres Bodet algunas de las páginas que, «al revisar ahora mi obra, siento más mías[23]». Tenía dos volúmenes en proyecto: un ensayo sobre Balzac y un estudio acerca de los grandes pintores venecianos. Pero entre *Balzac* y *Maestros venecianos* sintió la necesidad de un libro muy diferente. «Cierta noche, al volver de un concierto en el que había oído la Fantasía y Fuga en sol menor de Juan Sebastián Bach, me acongojó la idea de que todos nuestros actos giran sobre sí mismos, y no nos llevan en verdad a ninguna parte. Como los ciegos — o los esclavos — que dan vuelta a las ruedas ásperas de una noria, avanzamos, sobre la aridez de la tierra, para volver al punto del que partimos. Tracé entonces, el esbozo de un poema, que titularía precisamente «La Noria». Otros fueron formándose en torno a él, hasta constituir un volumen: *Sin tregua*[24]. También adquirió forma en aquel momento un segundo libro de versos: *Trébol de cuatro hojas.*

Torres Bodet volvió a su patria en 1958, para «escribir, si podía, libre ya de funciones oficiales y apremios públicos[25]». Pero poco duró la tregua. A instancias del Presidente López Mateos quien quería que Torres Bodet continuase y ampliase la obra iniciada durante el mandato del Presidente Avila Camacho, éste aceptó desempeñar, por segundo vez, las funciones de Secretario de Educación Pública. El ministro seguía convencido que el porvenir de México dependía de la rápidez con que se podía solucionar el problema de la educación. Torres Bodet habla con gran modestia de su labor durante los seis años en aquel puesto. Resultaron de importancia permanente para la educación mexicana: El Plan de Once Años para la expansión y mejoramiento de la enseñanza primaria que proyectaba aulas y personal docente para más de 7.2 millones de niños en 1970. Pero ya en 1964 alcanzó la matrícula nacional «la cifra de 6.605.757 alumnos[26]». Durante el «sexenio 1958-1964 — la Federación levantó, en promedio, un aula cada dos horas[27]». El esfuerzo constructivo del régimen tuvo como resultado que la Unesco decidió crear en México un Centro Regional de Construcciones Escolares para la América Latina. En 1959 el Presidente López Mateos firmó un decreto por el cual se creó la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos. «Durante cinco años, la comisión editó y distribuyó más de ciento doce millones de ejemplares de libros de texto y cua-

23. Jaime Torres Bodet, *La tierra prometida*, México, Editorial Porrúa, 1972, p. 169.
24. *Ibid.*, p. 173-174.
25. *Ibid.*, p. 184.
26. *Ibid.*, p. 233.
27. *Ibid.*, p. 216.

dernos de trabajo[28]» en un esfuerzo sin precedente en la América Latina. Cuando el 18 de julio de 1964 el gobierno pudo inaugurar la imprenta de la Comisión capaz de producir cincuenta millones de libros de texto al año, Torres Bodet tuvo «la impresión de haber dado término a un capítulo de [su] vida. Pronto dejaría de ser Secretario de Educación Pública. Pero no habría ya en [su] país, en lo sucesivo, niño que careciese (si asistiese a un plantel primario) del material de lectura que todo estudio requiere[29].»

En 1963, la Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación reconoció la obra educativa de México y adoptó de manera unánime los principios que Torres Bodet propuso, y que luego se incorporaron en la Declaración de Bogotá. Esta expresa las ideas y los ideales por los que siempre ha luchado el educador mexicano, Declara el artículo 5: «...deberá fomentarse en los educandos, junto con el respeto de la persona humana, la convicción de que la libertad y la justicia social son condiciones inseparables e imprescindibles de una convivencia que pueda asegurar a la vez: a los hombres, un porvenir de paz en la dignidad, y, a las naciones, una colaboración constructiva en la independencia[30].»

A partir de 1964, en que dejó la Secretaría de Educación Pública, se ha dedicado exclusivamente a las letras. En el epílogo de la *La tierra prometida* dice el insigne escritor mexicano: «Durante años, viví de ser... Ahora, estoy recordando lo hecho... Sin embargo, no he dejado nunca de ser... recordar es mi forma de ser actual. Revivo en lo que recuerdo, me reconozco en lo que repito, y, por momentos, en cuanto escribo, oigo la voz de mi juventud[31].»

Las *Memorias* de Torres Bodet demuestran que en su vida y obra hay una entrega total a ideales nunca traicionados.

Mayo de 1974.

SONJA PETRA KARSEN
Skidmore College, New York

28. *Ibid.*, p. 247.
29. *Ibid.*, p. 248.
30. *Ibid.*, Apéndice II, p. 433.
31. *Ibid.*, p. 418.